

# El espectáculo del vampiro

Richard Laymon

Traducción:  
Olga Martínez Yuste



Este libro está dedicado a Richard Chizmar, propietario,  
director y entrenador del equipo CD.  
Tú fuiste quien nos llevó al espectáculo.

El verano en que tenía dieciséis años, el espectáculo ambulante del vampiro vino a la ciudad.

Primero les oí hablar de él a mis dos mejores amigos: Rusty y Slim.

El nombre real de Rusty era Russell, pero odiaba ese nombre por encima de todas las cosas.

El nombre real de Slim era Frances. Tenía que soportar que sus padres y profesores le llamasen así, pero no los demás chavales. Les decía que «Frances es una mula que habla». Si le preguntabas cómo quería que la llamasen, su respuesta dependía sobre todo del libro que casualmente estuviese leyendo. Respondía que Nancy, Holmes, Scout, Zock o Phoebe. Todo el verano anterior había querido que la llamasen Dagny; en aquel momento era Slim. Con un nombre como ese supuse que habría empezado a leer novelas del Oeste, pero no pregunté.

Por cierto, mi nombre es Dwight. Me lo pusieron por el comandante de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas en Europa, aunque no fue elegido presidente hasta después de haber nacido yo y de que me hubiesen puesto el nombre.

Aquella era una calurosa mañana de agosto, el colegio no empezaría de nuevo hasta pasado un mes y estaba en la calle, delante de nuestra casa, cortando el césped con un cortacésped manual. Debíamos de ser la única familia en Grandville que no tenía un cortacésped eléctrico. No es que no pudiésemos permitirnoslo. Mi padre era el jefe de policía de la ciudad y mi madre enseñaba inglés en el instituto, así que teníamos dinero para un cortacésped eléctrico, o incluso para un tractor cortacésped. Lo que no teníamos era ninguna intención de comprar uno, al menos mi padre. Mucho antes de que nadie hubiese oído hablar de expresiones como «contaminación acústica», mi padre ya estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para prevenir este o aquel «jaleo espantoso».

Además, se oponía a cualquier tipo de artefacto que pudiera hacernos la vida más fácil a mí o a mis dos hermanos. Quería que trabajásemos duro, que

sudásemos y sufriésemos. Había sobrevivido a la Gran Depresión y a la Segunda Guerra Mundial, así que lo sabía todo sobre el sufrimiento. Según él «los chicos hoy en día lo tienen muy fácil». Así que se esforzaba al máximo para hacernos la vida más dura.

Por todo esto, allí estaba yo empujando el cortacésped, dejándome el culo, cuando se presentaron Rusty y Slim.

Era una de esas mañanas grises en las que solo se adivina un tenue resplandor del sol tras las nubes, en las que el olor te dice que la lluvia está cerca y deseas que llegue cuanto antes porque el día es condenadamente bochornoso.

No llevaba camiseta y me dio un poco de vergüenza al verlos acercarse. Era un poco raro teniendo en cuenta todo el tiempo que habíamos pasado juntos en bañador. Me dieron ganas de salir corriendo, coger la camiseta a toda prisa de la barandilla del porche y ponérmela, y sin embargo, me quedé allí parado y, en vaqueros y calzado con las zapatillas, esperé a que se acercaran.

—Hola, chicos —dije.

—¿Cómo va eso? —me saludó Rusty. Lo dijo con segundas, por supuesto, para tirarme una indirecta sexual. Ese era el tipo de rollo patético que llevaba.

—Ya ves —contesté.

—¿Estás trabajando duro o haciendo como que trabajas?

Slim y yo arrugamos la nariz.

Entonces Slim observó mi torso, desnudo y sudado, y dijo:

—Hace demasiado calor para estar cortando el césped.

—Díselo a mi padre.

—Tú déjame charlar con él.

—Está en el trabajo.

—Tiene suerte de librarse de mí —replicó Slim, y todos sonreímos; sabíamos que estaba bromeando. A ella le caían bien mis padres, los dos, aunque no le entusiasmasen mis hermanos.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo te llevará acabar el jardín? —me preguntó Rusty.

—Puedo dejarlo un rato. Solo tiene que estar terminado cuando mi padre vuelva del trabajo.

—Vente con nosotros —me animó Slim.

Asentí con un rápido gesto y crucé la hierba corriendo. No había nadie más en casa: mi padre estaba en el trabajo, mi madre de excursión semanal a la tienda de alimentación y mis hermanos, uno soltero y el otro casado, ya no vivían en casa.

Mientras me lanzaba escaleras arriba, grité mirando hacia atrás:

—¡Ahora vuelvo!

Agarré veloz mi camiseta de la barandilla, entré corriendo en casa y me abalancé por las escaleras para ir a mi habitación.

Con la camiseta me limpié el sudor de la cara y del pecho. Me acerqué al espejo y cogí el peine. Gracias a mi padre llevaba el pelo muy corto. «Ninguno de los

míos va a ir por ahí pareciendo una chica». Tampoco permitía que me asomase el más mínimo indicio de patillas. «Ningún hijo mío va a ir de un lado a otro con pinta de matón». Gracias a él, apenas tenía pelo que molestarme en peinar, pero estaba desgreñado y enmarañado por el sudor así que me peiné de todas formas, asegurándome de que la raya quedaba recta como una cuchilla y la parte de delante un poco ondulada.

Después cogí mi cartera de la cómoda y me la metí en un bolsillo de atrás de los vaqueros. Me precipité hacia el armario y arranqué de una percha una camisa de manga corta. Me la puse en un momento y me lancé escaleras abajo.

Rusty y Slim estaban esperándome en el porche. Acabé de abrocharme los botones y entonces abrí la puerta mosquitera.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Ya lo verás —contestó Slim.

Cerré la puerta y bajé las escaleras del porche tras mis amigos.

Rusty llevaba una camisa vieja y unos vaqueros azules. Eso era más o menos lo que solíamos llevar cuando no estábamos vestidos para ir al colegio o a la iglesia. Casi nunca te encontrabas a chavales de nuestra edad con pantalones cortos. Los pantalones cortos eran para los niños, los vejstorios y las chicas.

Slim llevaba pantalones cortos, unos vaqueros azules cortados, tan desteñidos que eran casi blancos y tan deshilachados que los hilos le colgaban y se balanceaban como flecos alrededor de sus muslos. Llevaba también una camiseta blanca, grande, suelta y por fuera del pantalón, así que por detrás le colgaba hasta el culo. La parte superior de su traje de baño blanco se transparentaba a través del fino tejido. Era un biquini minúsculo, de los que se atan en la espalda y en la nuca. Lo llevaba en vez de un sujetador, porque sería probablemente más cómodo y sin duda más práctico.

En verano casi todos llevábamos trajes de baño en vez de ropa interior. Nunca sabías cuando podías acabar en la piscina municipal o en el río... o si iba a pillarte un chaparrón.

Aquella mañana yo llevaba el bañador por debajo de los vaqueros. Estaba prácticamente empapado por todo lo que había sudado al cortar el césped y se me iba pegando al culo mientras bajaba por la calle con Rusty y Slim.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunté después de un rato.

Slim me miró y levantó una ceja.

—La primera fase ya se ha ejecutado.

—¿Qué? —pregunté.

—Te liberamos de las cadenas de la opresión.

—No se puede estar segando el jardín en un día como este —explicó Rusty.

—Bueno, gracias por liberarme.

—No ha sido nada —contestó Rusty.

—Un placer —dijo Slim, y me dio una palmadita en la espalda.

Fue una palmadita amistosa, pero me provocó una desoladora sensación de excitación enfermiza. Durante aquel verano venía sintiendo así a menudo

cuando estaba cerca de Slim. Tampoco requería contacto. Algunas veces podía estar mirándola y empezaba a sentirme extraño.

Sin embargo, todo esto me lo guardaba para mí.

—Segunda fase, ver lo que está pasando en el llano Janks.

Sentí que un pequeño escalofrío me subía por la espalda.

—¿Asustado? —me preguntó Rusty.

—Claro, ¡ooooooooh!, estoy temblando.

Lo estaba, pero no tanto como para que se me notase, o eso esperaba.

—No tenemos por qué ir —dijo Slim.

—Yo voy —afirmó Rusty—. Si vosotros, chavales, sois unos gallinas, iré solo.

—¿De qué va ese asunto tan importante en el llano Janks? —pregunté.

—De esto —dijo Rusty.

Los tres íbamos caminando en paralelo con Slim en el medio. En aquel momento Rusty nos rodeó por detrás y se colocó a mi lado. Se sacó un papel del bolsillo de atrás de los vaqueros.

—Esto está por toda la ciudad —comentó mientras lo desdoblaba.

Supe, por la forma en que sujetaba el papel abierto delante de mí, que se suponía que no podía tocarlo. Parecía ser un cartel o un folleto, pero se movía tanto que me era imposible leerlo, así que dejé de caminar. Nos detuvimos todos. Slim se acercó para mirar también el papel. Tenía las cuatro esquinas rasgadas. Parecía que Rusty había arrancado el cartel de una pared, un árbol o algo así.

Anunciaba lo siguiente:

## ***El espectáculo ambulante del vampiro***

*¡Vengan y conozcan a la criatura más espectacular!*

*¡La única en cautividad que se conoce!*

### **VALERIA**

*¡Divina! ¡Seductora! ¡Letal!*

*Una belleza deslumbrante nacida en la tierra salvaje de Transilvania*

*Valeria duerme durante el día en su féretro y se alimenta por la noche de la sangre de extraños*

*¡Véanla alzarse de la muerte!*

*¡Obsérvenla acechando a los voluntarios del público!*

*¡Tiemblen cuando hunda los dientes en sus cuellos y chillen mientras bebe su sangre!*

*Lugar: el llano Janks, 4 kilómetros al sur de Grandville por la carretera 3*

*Horario: viernes, medianoche; único pase*

*Precio: 10 \$*

*(No está permitida la entrada a menores de 18 años)*

Mencé la cabeza, asombrado y entusiasmado, y murmuré «uau» una o dos veces mientras leía el papel.

Pero la historia cambió cuando iba llegando al final.

Alarmado, sentí que me invadía una mezcla de alivio y decepción. En su mayoría alivio.

—Venga, tío —murmuré tratando de sonar consternado—, ¡qué plastazo!

—¿Plastazo? —repuso Rusty—. ¿Se te va la pinza, tío? ¡Un espectáculo ambulante con una vampiresa! ¡Una vampiresa auténtica aquí en Grandville! ¡Y dice que es divina! ¿Has visto esto? ¡Divina!, ¡seductora!, ¡una belleza deslumbrante! ¡Y es una vampiresa! ¡Mira lo que dice! Acecha a voluntarios del público y les muerde el cuello, ¡les bebe la sangre!

—Flipante —dijo Slim.

—Puede que fuese flipante, si pudiésemos verla, pero es imposible que entremos en un espectáculo como ese —dijo, tratando de mostrarme pesimista con la situación.

Rusty entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Precisamente por eso estamos yendo ahora hacia allí.

—Ah —contesté.

Algunas veces, cuando Rusty empezaba con rollos de este tipo, decir «ah» venía a ser lo mejor.

—¿Te enteras? —me preguntó.

—Eso creo.

No tenía ni idea.

—Echaremos un vistazo al lugar. Veremos solo lo que podamos ver —me explicó Slim.

—Puede que consigamos verla —señaló Rusty. Parecía bastante alterado.

—No te emociones demasiado —le dijo Slim.

—Es posible —insistió—. El caso es que ella tiene que estar por ahí. Alguien puso todos esos carteles, ¿entendéis? Y la función es esta noche. Es muy probable que estén en el llano Janks preparándolo en este mismo momento.

—Seguramente tengas razón, pero no cuentes con regalarte la vista con Valeria la divina y la seductora —le advirtió Slim.

La miró pestañeando, con expresión de decepción y un leve desconcierto en la cara. Entonces volvió la mirada hacia mí, aparentemente buscando un aliado.

Miré a Slim.

Alzó ambas cejas y una comisura de los labios.

Su expresión tontorróna me excitó y me hizo gracia al mismo tiempo. Meforcé a apartar los ojos de ella y le dije a Rusty:

—La chica es una vampiresa, imbécil.

—¿Eh?

—Valeria. Se supone que es una vampiresa.

—Sí, ¿y? —me preguntó, impaciente por el remate del comentario.

—¿Así que crees que vamos a aparecer en el llano Janks y a pillarla tomando el sol?

—¡Ah!

Ya lo había entendido.

Slim y yo nos reímos. Rusty se quedó planchado y se puso como un tomate, pero meneó la cabeza y se rio entre dientes. Después dijo:

—Debe de estar en su ataúd, ¿verdad?

—Verdad —dijimos Slim y yo al unísono, lo que hizo que Rusty soltase una buena carcajada y nosotros nos unimos a él. A continuación, reemprendimos la marcha hacia el llano Janks.

Después de un rato caminando, Rusty se puso delante con dos zancadas y volvió la cabeza para mirarnos.

—Oye, de verdad, puede que la encontremos tomando el sol.

—¿Estás chalado? —saltó Slim.

—Desnuda.

—Ah, eso te molaría.

—¿Qué te apuestas?

Meneé la cabeza frunciendo el ceño.

—Todo lo que verás es un pequeño montón de cenizas. Y con la mínima brisa que se levante...

Slim empezó a versionar a Peter, Paul y Mary:

—«*The vammmpire, my friend, is blowwwwing in the wind...*»

—Incluso si no se achicharrase con el primer roce de un rayo de sol, fijo que será lo bastante lista como para no aparecer de vampiresa en la función con un bronceado —le dije.

—Buena apreciación. Tendría que estar pálida —recalcó Slim.

—Podría tapar el moreno con maquillaje —señaló Rusty.

—Podría ser —reconoció Slim—. Puede que de todas formas utilice una tonelada de maquillaje para conseguir una palidez convincente que le dé un aspecto cadavérico. Así que, ¿por qué no podría estar morena por debajo?

—Morena por todas partes —insinuó Rusty con una mirada lasciva.

—Tenemos que encontrarte una chica —le dijo Slim.

Empecé a pensar en cómo estaría Slim tomando el sol desnuda, tendida boca arriba con las manos recogidas bajo la cabeza, los ojos cerrados, la piel de todo su cuerpo lisa y dorada. Me excitó imaginármela de esa forma, pero también me hizo sentir culpable.

Para sacármelo de la cabeza dije:

—¿Y qué sabemos de Valeria?

—Ahí lo tienes —dijo Slim—. Según parece, es deslumbrante.

—Será mía —afirmó Rusty.

—Ni siquiera la has visto todavía —señalé.

—No me importa.

—No te creas todo lo que lees. Puede que Valeria resulte ser una bruja espantosa y horrible —le dijo Slim.

—Seguro que es increíble. Tiene que serlo —aseguró Rusty.

—No te hagas ilusiones —le advertí.

Sonriendo como si supiera un secreto, me preguntó:

—¿Te apuestas algo por eso que acabas de decir?

—Cinco dólares a que no es divina.

—No tengo cinco dólares —repuso Rusty.

Lo que no resultó ser una sorpresa. La paga que le daban sus padres era de dos dólares a la semana que no tardaba en gastarse. Yo me lo montaba mejor, por mi cuenta, cobrando por algunos recados y también haciendo trabajos de jardinería para un par de vecinos.

—¿Cuánto? —le pregunté.

—No apostéis, chicos. Alguien acabará perdiendo... —señaló Slim.

—Sí, él perderá —aseguró Rusty—. ¿Quieres unirse a la apuesta conmigo?

—¿Me tomas el pelo? —contestó Slim.

—Venga, tú siempre estás forrada.

—Eso es porque no desperdicio el dinero a lo tonto.

—Pero esto es algo seguro.

—¿Por qué te la imaginas así? —le preguntó Slim.

—Fácil. El espectáculo ambulante del vampiro; Valeria es la atracción principal, ¿no?

—Suena como si ella fuese la única atracción —señalé.

—Y todos nosotros sabemos que eso es una gilipollez, ¿no? Vamos, que ella tiene de vampiresa lo mismo que yo. Así que tiene que ser preciosa o acabaría sin público. Quiero decir, vale que haga un espectáculo haciéndose pasar por una vampiresa, de todas formas nadie va a esperar una real. Pero...

—Puede que algunas personas sí —le interrumpí.

—Nadie con dos dedos de frente.

—No estoy tan segura de eso —intervino Slim. Los dos la miramos fijamente—. Quizás existan los vampiros —dijo con un destello de diablura en los ojos.

—Baja de las nubes —le aconsejó Rusty.

—¿Puedes probar que no existen?

—¿Para qué querría probar eso? Todo el mundo sabe que no existen.

—Yo no —dijo Slim.

—Vaya gilipollez —repuso Rusty, y se giró hacia mí—. ¿Y tú, Dwight?

—Estoy con Slim.

—Qué sorpresa.

—Ella es más inteligente que nosotros dos juntos —me expliqué, y al siguiente segundo, por la forma en que Slim me miró, me puse colorado—. Bueno, lo eres.

—Que va. Solo es que leo mucho. Y me gusta mantener la mente abierta —y añadió sonriendo a Rusty—. Es fácil tener la mente abierta puesto que no tengo dos dedos de frente.

—No me refería a ti —contestó—, pero estoy empezando a preguntármelo.

—Para tu tranquilidad, dudo mucho que Valeria sea una vampiresa. Creo que existe una posibilidad muy remota e improbable.

—Así se habla.

—Y ya que lo más seguro es que no sea una vampiresa, también estoy de acuerdo contigo en que mejor sería que fuese guapa.

Rusty sonrió satisfecho.

—Así que, ¿quieres unirme a la apuesta?

—No puedo. Necesitaréis a alguien objetivo para que le eche un buen ojo y decida quién gana. Lo mejor es que sea yo. Yo decidiré quién es el ganador.

—Vale por mi parte —acepté.

—Supongo que resultará bien —contestó Rusty.

—No te angusties —le dijo Slim.

—Bueno, es que siempre te pones de parte de Dwight en todo.

—Solo cuando su postura es la correcta. Y tengo la sensación de que esta vez ganarás tú.

—Muchas gracias —repliqué.

—Pero prometo ser justa.

—Lo sé —afirmé.

—Entonces, ¿qué vamos a apostarnos? —inquirió Rusty.

—¿Cuánto dinero quieres perder? —le pregunté.

Ya no estaba tan seguro de ganar. Él lo había razonado bastante bien: si Valeria no era una vampiresa, tenía que ser guapa o no habría espectáculo. Pero

yo veía un fallo en esta argumentación. Valeria no tenía por qué ser una vampiresa real para que el espectáculo funcionase. Tampoco tenía por qué ser increíblemente bella. El espectáculo ambulante del vampiro podría tener éxito de todas formas si resultaba ser real y verdaderamente emocionante y terrorífico.

—Dejemos el dinero fuera de la apuesta —sugirió Slim—. Supongamos que el perdedor tiene que hacer algo fuerte.

Rusty sonrió:

—¿Como besar el culo al otro?

—Algo por el estilo.

Miré a Rusty frunciendo el ceño.

—Yo no voy a besarte el culo.

—No tiene que ser eso —aclaró Slim.

—¿Y si el perdedor le besa el culo a ella? —e inclinó la cabeza hacia Slim.

¿El culo de Slim? ¿El perdedor?

Slim se ruborizó.

—Nadie va a besarme el culo... ni a besarme nada, vaya.

—Aquí va mi siguiente idea —anunció Rusty y se rio.

Podía llegar a ser un tío bastante bruto.

—¿Por qué no nos olvidamos de todo sin más? —sugerí.

—Gallina. Lo que pasa es que sabes que vas a perder.

—Puede que ni siquiera consigamos verla.

—Si no llegamos a verla se anula la apuesta —determinó Slim.

—Ni siquiera tenemos una apuesta.

—¡Lo tengo! El ganador puede escupir en la boca del otro —dijo Rusty.

Slim se quedó con la boca abierta y le miró parpadeando.

—¿Estás mal de la cabeza?

—¿Tienes una idea mejor?

—Cualquier idea sería mejor que esa —aseguró Slim.

—¿Como cuál? Vamos a ver qué se te ocurre.

—Vale.

—Oigámoslo.

Con el ceño arrugado como si estuviese muy concentrada, Slim nos miró fijamente a Rusty y a mí por turnos unas cuantas veces.

—Vale. Al perdedor se le rapa el pelo.

En ese caso, Rusty tenía mucho más que perder que yo. Él tenía una cabellera que habría hecho palidecer de envidia al mismísimo Elvis Presley y estaba enormemente orgulloso de ella.

Arrugó la nariz y murmuró:

—No sé.

—Dijiste que era una apuesta segura —le recordé.

—Sí, pero... No sé, tío. Mi pelo... —Alargó la mano y se lo acarició—. No quiero ir por ahí pareciendo un gilipollas.

—Volverá a crecer —le dije.

—Con el tiempo —puntualizó Slim.

—De cualquier forma, no voy a dejar que Dwight se me acerque con una maquinilla de afeitar.

—Yo me encargaré del afeitado —dijo Slim.

Al oír aquello, preferí no ganar la apuesta. Deseé que Valeria fuese la mujer más bella del mundo.

—¿Qué os parece?

—Contad conmigo —dije.

La expresión de la cara de Rusty dejaba ver que quería echarse atrás. Pero el honor estaba en juego, así que suspiró y dijo:

—Vale. Es una apuesta.

El camino de tierra que llevaba al llano Janks a través del bosque normalmente no estaba señalado. Sin embargo, aquel día los carteles del espectáculo ambulante del vampiro estaban clavados en árboles a ambos lados de la salida. Una enorme señal, hecha con el lateral de una caja de cartón, estaba clavada en un árbol e indicaba el camino con una flecha pintada de color rojo. Encima de la flecha alguien había escrito «Espectáculo del vampiro» en grandes letras rojas y que parecían gotear. Debajo de la flecha, con las mismas letras sangrientas, aunque más pequeñas, estaba escrito «A medianoche».

—Qué sutil. Un trabajo profesional —comentó Slim.

—Es probable que no estemos tratando con unos supercerebritos —dije.

—¿Por qué habláis tan bajo? —voceó Rusty, haciéndonos dar un brinco a ambos.

Nos volvimos y le vimos reírse.

—Muy buena —repuso Slim, aparentemente molesta.

—Un exitazo —recalqué.

—No estáis nerviosos, ¿verdad? —gritó.

Slim hizo una mueca.

—¿Te importaría cerrar el pico?

—¿De qué tienes miedo? —volvió a vociferar.

Tenía ganas de darle un puñetazo en la cara, pero me contuve. Creo que no lo he mencionado todavía, pero Rusty no estaba en su mejor momento que digamos. Tampoco era una bola de sebo, pero sí gordinflón y flojo, y no es que estuviera en condiciones de defenderse, precisamente. Esto puede parecer una ventaja si quieres abofetear a un tío en la jeta, pero sabía que después iba a sentirme fatal. Y, después de todo, era mi mejor amigo, sin contar a Slim.

Sonriendo satisfecho, berreó:

—¿Os ha comido la lengua el gato?

Slim le pellizó en el costado.

—¡Ay! —gimió, y se retorció—. Eso duele.

—Baja el tono —le exigió Slim.

—¡Joder!

—Tenemos que ser hábiles al entrar o nos darán una patada en el culo y nunca tendremos la oportunidad de ver a Valeria —argumentó.

—¿O es que no quieres verla? —le insinuó a Rusty.

—Mierda, tíos, solo estaba haciendo el tonto.

—Esperemos que nadie te haya oído —objetó Slim.

—No me ha oído nadie. Estamos a varios kilómetros del llano Janks.

—Más bien a unos centenares de metros —repliqué.

—Y aquí el sonido se expande un montón —añadió Slim.

—Vale, vale. Lo he pillado.

Aquel camino no era tan ancho como la carretera 3, así que no caminábamos en paralelo. Slim llevaba la delantera y Rusty y yo nos manteníamos bastante pegados el uno al otro.

No había luz del sol. Claro que no habíamos visto el sol desde antes de entrar en el bosque, solo una penumbra gris. Pero ahora, con árboles a nuestro alrededor y por encima de nosotros, la penumbra era más profunda y oscura. Todo tenía el mismo tono que tienen las cosas cuando sales fuera una noche de verano después de cenar y, aunque en ese momento puedes ver bien, sabes que te queda media hora quizás antes de que el día se vuelva demasiado oscuro como para jugar al balón.

—Si oscurece más, Valeria no necesitará el ataúd —advertí.

Rusty se puso un dedo en los labios.

—Chsss.

Le hice un corte de mangas y él sonrió complacido. Después, mantuve la boca cerrada.

Nuestros zapatos eran casi silenciosos al avanzar por aquel camino sucio, salvo cuando alguno pisaba una rama.

Rusty iba respirando muy fuerte y, cada poco tiempo, murmuraba algo con la respiración.

De Slim parecía provenir una melodía muy tenue:

—*Di dum, di doo, de do-doo.*

Se armonizó con los sonidos que estaban a nuestro alrededor: el zumbido de las moscas, los mosquitos y las abejas, el piar de los pájaros y los interminables revoloteos y correteos rumorosos de criaturas ocultas.

—*Di-dum, di do, de doo.*

Rusty no trató de hacerle parar, pero de repente dijo:

—Aguarda.

Slim se detuvo.

Cuando la alcanzamos, Rusty dijo en voz muy baja:

—Tengo que mear.

Slim asintió con la cabeza.

—Escoge un árbol —le sugirió.

Él nos miró fijamente a los dos.

—No os vayáis a ninguna parte, ¿vale?

—Estaremos aquí mismo —le aseguró ella.

Asentí.

—Vale, volveré en un minuto.

Salió del camino y se abrió paso entre los árboles.

—¿Tienes que ir? —me preguntó Slim.

—No.

—Yo tampoco.

Frunció los labios y resopló suavemente. Dijo:

—Pues sí que hace calor aquí.

—Sí —murmuré.

Estaba asado, empapado y tenía picores. Las ropas se me pegaban.

La corta melena rubia de Slim estaba enmarañada en mechones que le caían aplastados contra el cuero cabelludo y la frente. El sudor le corría por la cara. Mientras la observaba, se le formó una gota en la punta de la nariz y cayó. Tenía la camiseta blanca adherida a la piel y se podía ver a través de ella.

—Lástima que no podamos verla —comentó.

—Sería un fastidio que no consiguiésemos verla.

Slim me sonrió a medias.

—Si está metida en el ataúd tendremos que hacer que salga como sea. No vamos a pasar por todo esto sin echarle un vistazo siquiera.

—No lo sé —dije.

—¿Qué no sabes? —me preguntó, y se ahuecó la camiseta.

A pesar de llevar la parte superior del biquini, parecía estar desnuda de cintura para arriba. Alzó la camiseta y se secó con ella el sudor de la cara.

Miré para otro lado.

—¿Qué es lo que no sabes? —volvió a preguntar.

Por un momento no recordaba de qué habíamos estado hablando. Pasaron unos segundos antes de que me acordase.

—No va a estar sola. O, al menos, no creo.

—Es muy posible que tengas razón.

Se apartó la camiseta de la cara, sonrió y dijo:

—Necesita portadores que lleven el ataúd, ¿no?

—Cierto.

—Probablemente tenga todo un equipo.

Se secó el pecho y los brazos.

—Y puede que no sean ciudadanos modelo —insinué.

Riéndose con suavidad, bajó la cabeza y empezó a secarse el sudor de la tripa y los costados. Miré sus pechos de reojo. Las finas copas de la parte superior

del bikini le quedaban estiradas y lisas. Alrededor de los bordes del tejido alcancé a ver las pendientes pálidas que se dibujaban en su piel.

—Tendremos que tener cuidado —dijo.

—Sí, si tienen demasiada mala pinta, sería mejor que lo olvidásemos.

Oímos acercarse a alguien y ambos nos volvimos. Vimos a Rusty abriéndose paso con dificultad hacia nosotros. Slim continuó frotándose con la camiseta hecha una bola. Deseaba que volviera a ponérsela, pero no dije nada.

—Todo listo —anunció Rusty. Vi que le daba un repaso con la mirada—. ¿Qué está pasando aquí?

—No mucho. Solo estamos esperándote —contestó Slim.

—Estamos pensando que tendremos que ser muy cuidadosos —expliqué—, Valeria tendrá...

—Portadores del ataúd —soltó Slim.

Rusty sonrió y asintió.

—Sin contar a toda la gente que forme parte del espectáculo —señalé.

—Y es probable que sean muy *bellaaacos* —añadió Slim con un poco del pirata Long John Silver en la voz.

—Van de un lado a otro con un espectáculo ambulante de vampiros, deben de ser, como mínimo, un poco raros —opinó Rusty.

—Y quizás peligrosos —aclaré.

Rusty frunció el ceño.

—Tíos, no vais a rajaros ahora como gallinas, ¿verdad? —Y añadió antes de que cualquiera de nosotros tuviera la oportunidad de hablar—: Porque yo voy a ir indisuadiblemente.

—«Indisuadiblemente» no existe, Einstein —repuso Slim.

—Hombre que no.

Slim no era de las que les gusta discutir, así que se limitó a echarle una sonrisa divertida y se colocó aprisa la camiseta.

—Vamos.

Después de eso, ninguno dijimos nada. No estábamos tan lejos del llano Janks, así que creo que empezábamos a estar algo nerviosos.

El llano Janks era el típico sitio que te inquieta sin saber por qué.

En primer lugar, en todo el llano no crece nada. Es un extenso terreno de tierra compacta al descubierto, rodeado de densos y verdes bosques. Pero toda esa tierra no está desnuda con ningún fin. Nadie despeja la zona y, por lo que se sabe, el llano Janks siempre fue así.

He oído decir a la gente que la tierra que hay allí es venenosa, pero no creo que tengan razón.

El llano Janks posee su propia fauna, la típica que suele vivir en agujeros en el suelo: hormigas, arañas, serpientes y esas cosas. Algunos dicen que los extraterrestres aterrizaron en él y que por ese motivo jamás crecerá nada allí. Esto último es seguro. Otros dicen que el lugar está maldito y puede que esté de acuerdo. Quizás tú también después de saber más sobre él.

La razón por la que lo llaman llano Janks no es porque pertenezca a alguien llamado Janks. No es así y nunca lo fue. Se llama así por Tommy Janks y por lo que hizo allí en 1954.

Yo era pequeño por aquel entonces, así que nadie me contó demasiado. Pero recuerdo a la gente comportándose de forma extraña el verano en que sucedió todo. Mi padre, al ser el jefe de policía, muy a menudo no estaba en casa. Mi madre, que normalmente es alegre, parecía particularmente nerviosa. Y algunas veces por casualidad oía conversaciones aisladas sobre niñas perdidas. Esto continuó durante la mayor parte del verano, pero un buen día sucedió algo grave y todo el mundo se volvió loco. Todos los mayores estaban desencajados y hablaban quedo. Pude pescar algunos fragmentos y retazos como «alguna especie de monstruo...», «Dios santo», «sus pobres padres», «siempre supe que había algo malo en él».

Resultó que unos *boy scouts* habían hecho una excursión a pie hasta el llano y habían encontrado a Tommy Janks sentado al lado de una hoguera. Era sordomudo así que no les oyó llegar. Le pillaron con un trozo de carne clavado al final de una rama. Lo estaba asando en la hoguera. Resultó ser el corazón de una de las chicas desaparecidas.

Tuvo que ser algo terrible presenciar una escena como esa.

Aquellos *boy scouts* se convirtieron en héroes desde entonces. Los envidiábamos, los odiábamos y anhelábamos ser sus amigos. No porque capturasen a Tommy Janks, fue mi padre quien lo hizo, sino porque ellos llegaron a verlo cocinando el corazón en el fuego. Aquellos *scouts* fueron una leyenda en sus tiempos.

Uno de ellos, años más tarde, acabó suicidándose y otro... esa es otra historia. Me ceñiré a la que toca.

Después de que mi padre arrestase a Tommy, dirigió un equipo al llano y encontraron restos de veintitrés cuerpos que estaban allí enterrados. Seis de ellos pertenecían a las chicas que habían desaparecido aquel verano. El resto había estado en el llano desde hacía mucho más tiempo. Algunos quizás cinco años; otros, más de veinte o treinta. Oí que muchos de ellos podían llevar metidos en la tierra cien años.

Sin embargo, el llano no parecía haber sido un cementerio; nadie encontró señales de ataúdes o lápidas de sepulcros. Solo había montones de cadáveres, muchos de ellos en pedazos, que habían sido arrojados a agujeros.

Tommy Janks se ganó que lo frieran en la silla eléctrica.

El claro se ganó que lo llamaran llano Janks.